

el ritmo espiritual intersecciona
agua en arcos por ondas corazones.”

¿No es el sentimiento, verdaderamente, una modulación de la materia? ¿La materia alada? Y materia, y pensamiento y sentimiento, ¿no son realmente modos de ser de una misma cosa? ¿Y la física moderna no ha dicho que la materia es energía interrumpida, o sea, modalidad dentro del mismo fenómeno vibratorio? ¿Y el ritmo no es oscilación entre un polo y otro de *lo mismo*? ¿Y la filosofía no nos ha dicho, en honrosas ocasiones, que el sentir es el comercio entre el sentido y la cosa que se siente? Berkeley dice que una manzana no tiene sabor u olor por sí misma, sino en cuanto que exista un paladar y una nariz que la perciban. ¿Y la mente? ¿Qué queremos decir cuando decimos que conocemos una cosa? ¿No queremos decir que nos compenetramos (amamos, diría yo) con esa cosa? O cuando menos lo intentamos. Recordemos la famosa frase de los albores de la filosofía moderna: *Cógito ergo sum cibi existo*. Si la mente es la substancia, la piedra filosofal, ¡qué hermosamente unidos nos encontramos los seres de la creación! Si el conocer radica en el contacto (la comunión sagrada) entre el sujeto y el objeto; conocer es amar. Así es que nuestra obligación primordial será el *amaos* bíblico. Por esto Pellicer quiere “salir desnudo hacia el poema/ con las sandalias de aire que otros poros/ inocentes le den”.

¿No es el ritmo del corazón el que se identifica con el ritmo del paisaje en Pellicer? ¿Y qué diferencia fundamental existe, entre el fluir de la sangre de un hombre, el fluir de la historia, o el fluir de un río del planeta? Para mí no son más que los distintos modos en que se presenta una misma cosa. “El agua es la eternidad de la sangre”, dice un poeta de mi tierra. Y nada más justo. Esa inmensa extensión de agua que se impacienta huracanadamente ¿no es un remedo de nuestra ira? Y la mansedumbre ¿no encuentra en la naturaleza de las aguas su forma de sosiego? Y si pasamos a otros planos; el del sentimiento, el mental, cualquiera, es igual. Recordemos el fenómeno de la comunión de las bes-

tias con los santos: Daniel en el foso de los leones, San Francisco de Asís y el lobo, etc. La armonía de fenómenos que aparecen como contrarios o distintos a simple vista, nos lleva necesariamente a percibir la Substancia Única.

La obsesión fundamental de Pellicer es el mar. El mismo lo declara: “El mar —que no es un aspecto físico del Mundo, sino una manera espiritual—, tiene en mi corazón los elementos principales para subordinarme a él” A la escala cromática de la luz en el agua, la selva agrega la escala de las formas. La selva así considerada no es más que una segunda manifestación, un tanto más complicada, del elemento agua. El agua es el substrato de la materia viviente como es el substrato en la poesía pelliceriana, eminentemente viva. Pero el agua no es más que la *substancia* o el principio material inmanifestado, informe más bien. Aquella *physis* de Mileto. En nuestro plano superficial de manifestaciones esenciales fenoménicas vendría siendo algo equivalente a lo que en el plano de la creación total (en el Todo) el éter más sutil e indiferenciado. A esta última realidad substancial inmanifestada, los antiguos la representaron simbólicamente por las vírgenes madres (lo que en el universo goetheano entiéndese por “Las Madres”). Nuestra Madre Naturaleza: la gran Cibele-Mayá y su manto en el que se tejerá el cosmos diverso; Isis y su velo sutilísimo, serán el agua celeste que al manifestarse en nuestro plano material cósmico toma forma de líquido terrestre. En el antiguo sacrificio de los brahmanes, el *Soma* —especie de licor— simbolizaba el principio femenino de la Trinidad inmanifestada (lo Eterno Femenino), y *Agni* —el fuego—, lo Eterno Masculino. De la unión de estos dos principios esenciales se deriva el Verbo creador o el Cosmos manifestado. *Agni* es pues, el principio universal, la luz sempiterna, el agente cósmico por excelencia, la potencia cosmogónica. Es sorprendente hallar en Pellicer estos dos elementos conjugados íntimamente en su primer libro. En *La danza del incienso* la bailarina expone su vientre de agua maternal al beso de fuego de *Agni*. De igual modo el objeto —Mundo— y el sujeto —la voluntad del artista— se conjugan para *sublimar* el Ver-

bo artístico, la Palabra, que es Vida; el Hijo, que es Amor. La palabra insuflada por el Santo Espíritu tiene que ir precedida del Amor para que llegue realmente a ser Palabra o universo artístico. El proceso es: Amor, Sabiduría, Poder. El Amor es pues el Camino, la Verdad y la Vida. En conclusión: el ritmo de la Danza es el amor de *Agni*. Por otra parte, el Espíritu Santo, en la Trinidad brahmánica —la más venerable por su ancianidad— ocupa, en su manifestación cosmogónica, el lugar del cuerpo (Shiva, el fuego destructor de las pasiones), tocándole, en el reparto, a Brahma el Espíritu y a Vishnú el Alma. En esta cosmogonía como en la cristiana —con algunas variantes— el Espíritu Santo es pues, el fuego serpentino, la fuerza sutil vivificadora, el soplo, que habita tanto en el templo de nuestra carne como en el centro del globo terráqueo y de toda cosa creada. Esta fuerza es la que marca el ritmo del Universo destruyendo y construyendo sucesivamente toda la naturaleza creada (*natura naturata*). Esta fuerza se compara en la Biblia con el aire. Es este *aire* el que impacienta las inmensas moles de agua y las azota contra la tierra para hacerla fecunda; es este *aire* el que, al final del invierno, revuelve la semilla de la incipiente primavera; es este *aire* ardiente el que Pellicer derrama por sus ojos cuando organiza y prolifera su universo. Y al decir ojos, quiero decir mirada, porque el total de los sentidos de Pellicer confórmanse en un solo ojo ubicuo y eterno, hecho a imagen y semejanza del Gran Ojo. Este fenómeno es aludido por Pellicer cuando dice: “mudo espío, mientras alguien voraz a mí me observa”. Y es este ojo el que le permite a Pellicer constatar, al mismo tiempo, el paso de la afanada teoría de hormigas que cargan sus “prodigiosos miligramos”, y el rayo que se clava en el costado de un gigantesco árbol; el esplendor de la naturaleza en un cielo “estatuario y desnudo” en el que “la luz siempre está de perfil”, un cielo “cenital siempre recto y cantil”, en donde “la luz anda en los ojos con aire de saludo”; o la “mórbida penumbra” del amor que en la intimidad de la alcoba se encierra tan “ciega y claramente” que los amantes se sienten ya en “campo abierto/ escogiendo caricias como joyas”. Cansado Pellicer, al fin del día, después de su afanoso tráfigo

poético, cargado de todo el magnetismo que la tarde dejó en sus manos y en sus ojos, nos dirá:

“No tengo tiempo de mirar las cosas
como yo lo deseo.

.....

Esta obligada prisa que inexorablemente
quiere entregarme el mundo con un dato pequeño.

Este mirar urgente y esta voz en sonrisa
para un joven que sabe morir por cada sueño!

No tengo tiempo de mirar las cosas,
casi las adivino.

Una sabiduría ingénita y celosa
me da miradas previas y repentinos trinos.”

El fuego de los sentidos de Pellicer, por demás responsable, habrá de fecundar al emplasto femenino acuático. Este fuego es la voluntad que organiza la psique desbordada creando así el carácter (*Muerte sin fin*). De aquí esa irresistible semejanza del agua con la mujer: para Shakespeare el agua es pérfida como la mujer; para Darío la mujer es pérfida como el agua. El agua se asemeja, como dos gotas de agua, a nuestra alma, principio femenino, en contraposición con nuestro principio masculino o espíritu; nuestra voluntad de ser, nuestro yo. (Para Pellicer los ríos son “los sepulcros andantes de la historia”. El devenir social se convierte aquí en agua muerta. Aunque Manrique nos diga que nuestras vidas son los ríos y el muerto es el mar, Pellicer concluye que: “en los ríos nunca hay perlas./ Sólo en el mar.”) Es muy significativo que la poesía de Pellicer —acuático-pasional—, que nace en las costas del Golfo de México, apoderándose del agua y del manufacturado hindú *agni* (o *Agnus*, Cordero de Dios, Verbo Solar semita), termine en: “Mi voluntad de ser no tiene cielo”, “un dormir sin soñar calla y sombrea,/ el prodigioso imperio” de los ojos. Desde el prodigioso nacimiento de su imperio solar en las aguas hasta el crepúsculo de los dioses “en los grises de una aldea”, la poesía de Pellicer es un mar hermosísimo *in crescendo* como la ola. *Esquemas para una oda tropical* es una

verdadera tromba marina en este *maremágnum* selvático. Aquí "los elementos en desorden" de la poesía pelliceriana intentan el más desafiante impulso babélico. De aquí en adelante desfilará la humillación de las aguas, hasta culminar el poeta en un Napoleón derrotado "y bajo el puente, / tan solo el lodazal, la malviviente / ruina del agua y de su platería". Su "barca sin remos "deriva" al viento, a lo que el viento quiera". Esta característica de la poesía de Pellicer viene a engrosar como un afluente magistral, el derrotero acuático de la poesía mexicana.

La vena del cristianismo en Pellicer, ese ombligo genital con que el poeta queda indefinidamente sustentado y flotando como globo en el espacio, provoca una trombosis coronaria en *Práctica de vuelo*; momento culminante de la emoción, en que el lenguaje renuncia a todos sus atavíos; el agua que antes desbordaba "el festival de sus vidrieras" ahonda y canaliza en el rigor del soneto. La renuncia y la humildad del poeta llevan el lenguaje a la serenidad de las alturas. La vanidad insidiosa del lenguaje se hastía —harta e impotente— ante la fuga de las cosas en la corriente real del tiempo, y Pellicer lega al Todopoderoso, del cual es no más que un "Ayudante de Campo", su quehacer poético cuando dice:

"Del bosque entero harás carpintería
que yo estaré impasible a tus labores
encerrado en mi cruenta alfarería."

Conocido es el afán de Pellicer por ordenar las hermosas piezas de barro (adámico) con que los indígenas sembraron estas tierras arqueológicas del Anáhuac donde Darío llega, a veces, a excavar el tesoro de la poesía indígena con su piqueta de poeta.

Muerte-vida

"... a darme la salud hasta matarme"

C. P.

Alguien dijo que en el árbol lo florido vive de lo que tiene sepultado. A estas flores baudelerianas Pellicer agre-

ga aún más. En *Esquemas para una oda tropical*, el inmenso loto del Himalaya se nutre en las fangosas selvas del Ganges: "las pasiones crecen hasta pudrirse. Sube entonces / el tiempo de los lotos y la selva / tiene ya en su poder una sonrisa. / De los tigres al boa / hormiguea la voz de la aventura / espiritual. Y el Himalaya / toma en sus brazos la quietud nacida / junto a las verdes máquinas del Trópico". (Alusión alucinante a las antiguas batallas libradas en los albores de la edad adámica entre negros y blancos, entre ritos lunares y solares que aún hoy existen en la India inagotable.) Las verdes máquinas del Trópico en Pellicer aúnan la industrialidad selvática de la *polis* con la afanosa industria de la selva. ¿Fue éste el verdadero anhelo —incomprendido— de Rousseau? Porque no se trata de abandonar nuestra civilización enajenada de occidente y optar por una cultura oriental indigente, sino de encontrar el común denominador del complejo fenómeno humano. Con esto Pellicer corona la nostalgia de la unidad cósmica de la poesía modernista —esa "hambre de espacio y sed de cielo" resuelve al fin esa "celestes unidad que presupones"— que Octavio Paz ausculta serenamente en *El caracol y la sirena* (*Revista de la Universidad de México*, diciembre, 1964) como característica fundamental del modernismo poético, que hace de la poesía una verdadera revelación primordial en oposición al quehacer religioso ortodoxo de arterias endurecidas. ¿Buscaba otra cosa el romanticismo? (¿Quién que es no es romántico?) Esta comunión del artista con la naturaleza ha sido cabalmente explicada en la *Estética del sentimiento puro* (G. Cohen) donde toda obra de arte se encuentra condicionada por un fenómeno de las ciencias naturales de fundamento matemático, a tiempo que es la *sublimación* de la voluntad individual del artista en la voluntad universal de la historia del arte. El arte cae necesariamente, como expresión, en el ámbito de la naturaleza. Toda época que ha hecho arte ha dado por sentado este nexo entre el sujeto y el objeto artísticos. El artista no es más que el portador del anhelo de la naturaleza. Una especie de sacerdote que trata de *religar* los mundos diversos. He aquí el sentimiento trágico del arte (y de la vida, puesto que todos somos, en mayor o menor

grado artistas, según la medida de nuestro anhelo). En la prehistoria, ciencia, arte y filosofía eran la misma cosa. El hombre no contaba entonces con el pensamiento discursivo, preponderaba en él la intuición imaginativa (*Imagen e idea*, Herbert Read, Fondo de Cultura Económica, Breviarios). El modernismo revoluciona precisamente en el sentido como Paz ha usado esta palabra: "postula un futuro que es también un regreso" (Obra citada).

En su esquemática oda Pellicer no sólo maquiniza la selva, sino que la selva vive en la ciudad, y así tenemos un poco de selva del Ganges en el atareado y sexual bosque de Chapultepec:

"En la ciudad, entre fuerzas automóviles
huele un poco de vidrios a guanábana.
es la bolsa de semen de los trópicos."

Esta polaridad ciudad-selva, se transforma —cambio de tonos— en la polaridad vida-muerte, distintos aspectos de la Substancia Unica.

Ignoraba hasta este momento que Pellicer escribiera prosa. Juan José Arreola —empedernida vocación de maestro— a quien debo el oro de la poesía velardeana, y el oro —por qué no decirlo— de la poesía de Pellicer, me descubre, ahora por escrito (Prólogo al disco *Voz Viva de México*) un trozo selecto de prosa pelliceriana que no me quedaré con la tentación de estampar aquí:

"...oigo un rumor de las grandes selvas de Tabasco. Nada es más impresionante que estas selvas tropicales nuestras, en cuya humedad parece adivinarse el origen de la materia prima de la raza humana. El ambiente engrosado por hálitos poderosamente generadores, balancea en la penumbra flores sombrías apenas imaginables. Manifestada con esplendores de muerte la vida del gran bosque se enlaza prodigiosamente con la expresión animal. La selva al desarrollar su talle multiforme, destruye toda posibilidad de silencio que los ríos liquidan con un falso rumor de aguas sono-

ras... Pájaros nunca vistos desintegran atardeceres para reorganizar la aurora de cuyo paso el gran bosque sabe, gracias a una orquídea, que sólo en ese instante unos instantes se abre ligeramente. En un área de cedros y caobas amarrados de víboras, una guanábana demasiado madura hacía explosión con resultados perfumantes... Las altas tempestades bajan sobre las altas selvas. El rayo da una lanzada en el costado de un gran cedro y el aroma sangra por semanas y días. Parejas de pumas y leopardos sacuden dorados, inaccesibles desposorios. Un venado olfatea el centro de la tierra y plebiscitos de loros votan por el arcoiris. Dos semanas llueve en tal forma, que la sed se prohíbe en todas las entradas del gran bosque. Por ahora no queremos más hormigas, dicen todas las hormigas del mundo que trabajan tres turnos en echar abajo una ceiba colosal. Un vértigo de vida enmaraña con hilos invisibles la selva, como una trampa en la que la vida y la muerte juegan a ser lo mismo".

No conozco poesía de Pellicer, que supere a esta prosa.

Más que un sátiro en esta inmensa selva cromática, Pellicer se me figura un centauro: "Y al cuello del volcán plácida nube/ divide en dos la roca apasionada." Trasmuta así por vía de ascensión vertebral, la parte inferior intestinal, el suplicio del fuego, en la superior, donde la serena y perpetua nieve de la muerte estiliza su triunfo. En Pellicer ese fuego central, esa elevada angustia, alienta a la muerte que "vive. Es. Toma el espejo/ y mírala en el fondo, en el reflejo/ con que en tus ojos claramente espía./ Ella es misteriosa garantía/ de todo lo que nace. Nada es viejo/ ni joven para Ella." "Y en los sueños que incorporas/ junto a su paso escucharás el tuyo." Sin que lo quiera me voy elevando con la música de este poema en que Pellicer se despiende orgullosamente hermanado del brazo de su muerte. ¡Oh muerte que das vida! ¿Es esta música, te pregunto, la que Salinas gobierna con sabia mano? ¿La que "traspasa el aire todo/ hasta llegar a la más alta esfera/ y oye allí otro modo/ de no precedera/ música, que es de todas la primera?"

